

La escuela laica del porvenir

LA escuela laica va a venir pronto en España. Y los católicos, y hombres religiosos en general, no deben asustarse por ello. Al contrario, un desarrollo inteligente de esta escuela hará dar un gran paso a la formación humana de los españoles.

Aquellos tiempos quejumbrosos en que media España se oponía a la otra media, con motivo de la escuela pública —como pasó en la Segunda República de 1931 a 1936—, ya no tiene por qué ocurrir. Y la batalla que la Iglesia oficial pretenda dar ahora se desdramatizará pronto porque no tendrá base popular.

Sin embargo, nadie —creyente o incrédulo— quiere que sus hijos queden desguarnecidos moralmente ante la "educación permisiva" que se está difundiendo por el mundo occidental, y que hace presa en nuestras nuevas generaciones, haciéndoles caer en engañoso círculo materialista —de un mecanicismo rastroso, como descubrieron Marx y Engels hace ya cien años— del consumo por el consumo, del afán desmedido de posesión egoísta y de la preferencia de la cantidad sobre la calidad.

Se impone en nuestro mundo un nivel ético que suponga ese "suplemento de alma" pedido por el filósofo Bergson a principios de este siglo, para no ser devorados por el maquinismo de ayer y por el automatismo de hoy.

Pero ese nivel ético —seamos sinceros— no lo dio en España la Iglesia oficial. No supo esta Iglesia —cuando tuvo todos los medios a su disposición, durante el franquismo— crear unos seres cooperativos, desprendidos, que valorasen ante todos los elementos enriquecedores de la convivencia humana y de la satisfacción personal integral. Al contrario: proporcionamos una imagen pequeña en nuestras miras, egocéntrica en lo profesional, hosca con el vecino y nada ciudadana en cuanto a nuestros móviles personales. Incluso dimos ejemplo de pocas actitudes elevadas porque no se nos educó en un corazón amplio que no fuese envidioso, ni en una actitud firme con nuestra conciencia que fuera poco concesiva, ni tampoco en una postura insobornable y nada conformista con lo moralmente poco honrado. Las clases de moral en el Bachillerato, en la Universidad o en las carreras técnicas eran totalmente deseducadoras porque sólo enseñaban, con su nefasto casuismo moral, a sortear el deber honrado buscando sutiles salidas para quedar en regla con la letra de la ley y nunca con el espíritu de la misma.

En una palabra: hemos hecho un pueblo desarmado, desmoralizado, sin reservas éticas para enfrentar las crisis que padecemos y el difícil momento de la evolución de la humanidad.

Esto, que debe achacarse principalmente a la Iglesia retrógrada de ayer, hemos de atribuirlo también a la Iglesia progresista de hoy que, por ponerse superficialmente al día, olvida lo más esencial: construir no sólo la fachada de una nueva sociedad en la que ella tenga necesariamente algo que decir e influir, sino también forjar al hombre que esta sociedad necesita para que no fracasen las nuevas estructuras que precisa implantar con urgencia.

Hablando de un cielo etéreo nos olvidamos de hacer una Tierra humana. Y obsesionados en compensar el error pasado, caemos en un exteriorismo activista social-religioso que olvida el imprescindible impulso interior y su cultivo, sin el cual nada podrá marchar satisfactoriamente.

Lo que nos sobró fueron normas eclesiásticas de moral, de derecho canónico o de ritos culturales; y lo que nos faltó es educación psicológica para autogobernarnos. Alain, el gran educador, decía que "educar es darle al hombre un conocimiento práctico de su poder de autogobernarse, acostumbrándole a no creer sin pruebas". Y para eso se necesita "dirigirse más a la voluntad que al saber, al modo de pensar que al contenido del pensamiento". Pero, ¿quién educó en estos últimos años así en España?, ¿quién se preocupó entre nosotros de hacer hombres y mujeres cabales?, ¿de iniciarnos en la autoposesión más que en la posesión ávida de las cosas? Ni los curas, con sus recetarios morales y ascéticos empujados, ni los propagadores de los procedimientos católico-conservadores, supieron construir otra cosa que conformistas inconscientemente insatisfechos, quienes intentan hoy torpemente salir de ese callejón sin salida psicológica en que les metió el nacional-catolicismo.

¿Cómo debe ser entonces la escuela que corresponda a estas ideas?: "Una atmósfera en la que el niño aprenda su tarea de hombre". No una forja de blandos emotivos, o de tranquilos conformistas, o de ineficaces desordenados, o de papagayos sin personalidad. Debemos aprender de aquel mundo griego o romano, que utilizó el cristianismo de los primeros siglos.

La Iglesia de aquellos alejados tiempos propugnaba el nivel cultural y humano del mundo clásico como base de los hom-

bres que creían en el Evangelio. La educación fue una educación natural, sobre la cual más tarde se establecía convencionalmente la fe religiosa en aquel que libre y conscientemente la aceptaba.

En Occidente —Italia, Sur de Francia, España y África del Norte—, esta "escuela antigua" se mantuvo hasta cerca del siglo VII impartiendo solamente una "cultura humanista", porque el niño "después de bautizado no recibía educación religiosa en particular, salvo en la asistencia a las ceremonias litúrgicas y escuchando la predicación", como dice Pierre Riché en su conocido libro sobre *De l'éducation antique*. En aquellas épocas, "para formar moralmente al joven no se acude primero a los valores evangélicos, sino a los principios morales de los estoicos, y en particular de Séneca". El obispo de Braga, Martín, escribió en el siglo VI un libro titulado "Fórmulas de vida honrada", con el que se pretende desarrollar el sentido de moral del educando, "enseñándole lo que puede ser aprendido por un laico que viva recta y honradamente sin acudir a los preceptos de la Divina Escritura". Este método, que en la Edad Moderna y Contemporánea ha execrado la Iglesia oficial desconociendo lo que ella misma estableció hace siglos, fue el que se practicó durante las centurias más fecundas, en resultados morales y religiosos, de la historia del cristianismo. En cambio, cuando las escuelas pasaron a manos del clero —la escuela episcopal, parroquial y monacal—, a partir del siglo VII, "el nivel de cultura fue más bajo que nunca", como observa E. D. Myers en su libro *La educación en la perspectiva de la Historia*. Sólo siglos más tarde vuelve a recuperarse lo perdido, cuando empieza a resurgir entre los cristianos la filosofía clásica de origen griego. Y nuestros grandes pensadores católicos del siglo XVI vuelven a esmaltar sus libros de educación moral de razones paganas sacadas de estos grandes moralistas de la antigüedad porque sabían que, sin un fondo humano, la construcción religiosa resulta deleznable.

Por eso, el católico debía pedir que en la escuela pública no se dé formación religiosa específica, sino una formación ética natural, que pueda servir de fundamento humano para creyentes y no creyentes, ya que tanto unos como otros no podrán construir su creencia o su increencia honrada si no es sobre esa base firme. ■